

Claramente se ve que la frase — que define el Diccionario «locución enérgica con que se significa más de lo que se expresa» — ha de tener en la poesía campoamoriana una grandísima importancia. A pesar de haberse pronunciado en contra de la frase un insigne poeta, que tiene la modestia de ocultarnos que él las hace — lo cual, sépalo para su satisfacción, no es cierto — es indudable, no sólo que constituye un elemento estético importante, sino que sólo los hombres de gran imaginación son capaces de hacerlas: porque la frase es, por punto general, un salto gigante del primero al último término de una concatenación, y cuanto más apartados estén estos términos y mejor presentada la relación, tanto más talento revela en el que la establece, y mayor es el placer del lector al descubrirla.

A veces de un poeta no se inmortaliza más que una sola frase, como no ha quedado de Quintana más que aquello de

Inglés, te aborrecí; si héroe te admiro.

Calderón, el más grande de nuestros poetas dramáticos, usa y aun abusa de la frase; y en cuanto á Campoamor, tiene tantas, que renunció á citar ninguna, por no atreverme á elegir entre un número tan considerable, iguales todas en hermosura y grandeza.

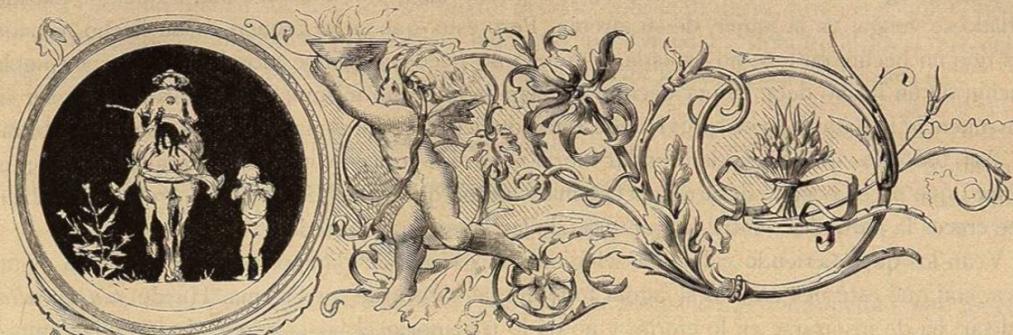
Se ha culpado á Campoamor de descuidado en la forma, por esos contrabandistas inversos que inflan las composiciones y almidonan después su flácida epidermis, para hacer creer en las aduanas literarias que llevan género de consumo; cuando la propia redondez de la mercancía indica bien á las claras que es aire y no otra cosa lo que contiene.

No eludiré el ataque: en los versos de Campoamor, macizos de ideas, nóntanse algunas veces á través de la envoltura las angulosidades del contenido. Pero circunscribir una esfera al poliedro, sería aumentar inútiles segmentos, y la escuela de Campoamor hace la guerra á lo superfluo; inscribir la esfera, esto es, limar las aristas, sería desvirtuar el pensamiento, y la idea debe resaltar en toda su pureza.

Las pocas veces, pues, que los versos de Campoamor resultan duros ó premiosos, es porque no puede ser de otro modo. Cuando un pensamiento no encaja por completo en el molde de la rima, es menester resignarse y sacrificar la tersura de ésta á la realidad de la idea; que sucede con ella lo que con esos sólidos geométricos, en los que, modificada una arista, todas las demás se modifican, ó mejor todavía, lo que con esas *lágrimas batávicas* que hacen los fabricantes de vidrio, y que se desmoronan y reducen á polvo por el más pequeño encuentro ó el choque más insignificante.

Creo que la verdad de esta proposición por sí misma se impone; mas si por provenir de mis labios desautorizados pudiera ponerse en tela de juicio, hable por mí el celebrado vate castellano Sr. Núñez de Arce, y dirá en su prólogo á los *Gritos del combate*:

«Cuando, desconociendo su potencia intelectual y creadora, se cuida más de la forma que de fondo, y pretende competir con sus hermanas en belleza plástica y armónica, la poesía desfallece y decae.....; la materia se le escapa de entre las manos, quiere sujetarla y abraza el vacío. La poesía, para ser grande y apreciada, debe pensar, sentir.....»



VIII

MORAL

Como quiera que forzosamente ha de resultar una moral de la acción que el poeta desenvuelva, se ha concedido gran importancia á este elemento de la obra artística, y ha sido esta cuestión objeto de amplios debates.

Sin tener la menor idea de lo que es virtud ni vicio, en las escuelas se enseña todavía el clásico precepto de que la virtud triunfe y el vicio sea anatematizado; precepto que ha caído en desprestigio á los golpes de la realidad, donde por una fatalidad deplorable parece que sucede lo contrario. Además se ha dicho que esta especie de fatalismo inverso acostumbraba al hombre á fiar sobradamente en la Providencia, y que era preferible que, siempre mirando arriba, no descuidásemos por completo nuestros personales esfuerzos.

Los que siguieron el opuesto camino, fundaron una moral desconsoladora: sin duda más humana, aunque igualmente arbitraria, pero tan amarga, que si aquélla arrancaba una sonrisa de incredulidad, ésta sería capaz de hacer llorar á las piedras.

En esto Pedro A. de Alarcón tuvo la suerte de descubrir que todos los poetas, menos Ovidio, habían sido moralistas de primer orden, y la no menos grande de demostrar con la *metafísica y con los hechos*, que existía entre la bondad, la verdad y la belleza una unión hipostática allá..... no sé dónde; con lo cual, y á la vuelta de muy ingeniosas consideraciones, nos quedamos sin saber qué moral podía esperarse del arte.

Y no quiero hablar de esa otra congregación de hombres buenos, sublimes filántropos preocupados con dar solución á imaginarios problemas sociales, como si en la sociedad hubiese un solo problema no resuelto de antemano por la ley natural. No hablaré de ellos; creo con el Dr. San Martín, que el papel del médico termina en el diagnóstico de la enfermedad, y que en el descubrimiento del remedio hay algo de puramente casual que, por serlo, no puede ser exigido en un momento dado al hombre de ciencia.

Sucede algunas veces en el mundo que la policía aprisiona á un asesino, ó que un marido burlado se venga, en la mujer, de su afrenta. Pero esto, que en el mundo es un hecho, y nada más que un hecho, en arte no es nada, y de ello no puede inducirse moral ninguna; porque la sanción de un hecho debe ir, por decirlo así, pegada al hecho mismo, formar parte de él y ser su consecuencia inevitable, y desprovista de esta condición, resulta una venganza estéril y arbitraria. Así, todos los que pretendan fundar moral sobre los convencionalismos sociales perderán el tiempo; que no es posible desarraigar esa mala hierba que, dice Víctor Hugo, crece, ó más bien hace crecer la naturaleza entre las junturas de las leyes de la sociedad.

Vean los que queriendo calumniar elogian á la escuela de Campoamor, apellidándola metafísica, con qué estériles tanteos se agota todo el que carece de un sistema. Ha de *pensar alto*, es decir, ha de inspirarse en lo eterno y no en lo transitorio, el poeta que aspire á vivir siempre como Horacio, Calderón y Cervantes; y en el pacto social variable y arbitrario no puede fundamentarse nada duradero. Es preciso llegar á esa inmutable naturaleza, siempre idéntica á sí misma; y la escuela de Campoamor ha llevado al arte la moral eterna, fruto de una sola mirada arrojada á lo infinito desde las alturas del orden supremo de las cosas.

Se cuenta que interpelado por el Sr. Pidal el P. Ceferino sobre la parte moral de los versos de Campoamor, después de una lectura dada por el poeta, hubo de responder: «¿Qué parte moral?...» La contestación es digna del clarísimo entendimiento del P. Ceferino.

Campoamor había dicho en *El Drama Universal* que

Todo es un accidente pasajero  
De ese fondo invariable de las cosas;

Y en *Los Caminos de la dicha*,

Que nunca causan á los astros duelo  
el que afijan al suelo  
ni el dolor, ni la peste, ni la guerra;  
así como no importan á la tierra  
las luces que se apagan en el cielo.

y había dejado morir á un pájaro de frío mientras su dueña gozaba las delicias del amor, para exclamar luego:

¿Qué hará Dios cuando mira desde el cielo  
Los injustos dolores de la vida?.....

y terminaba, en fin, la historia del desgraciado *Ginesillo* en el poema *La Lira rota*, diciendo:

¿Me dices que para esto no hay consuelo?  
Y yo ¿qué le he de hacer, Ana querida?  
Así es la tierra y ¡ay! así es el cielo.

Sin duda que al oír todas estas cosas los topes, que pegados á la tierra no la sienten sino en la extensión de sus mezuquinos miembros, correrían á atrincherarse en sus guaridas subterráneas; pero las águilas, avezadas á mirar al sol, tendieron más alto su vuelo: aquí estaba otra vez proclamada esa moral, que inspira los *Proverbios* de Salomón, resultado de la selección implacable que origina la lucha por la existencia.

Toda la moral, la única moral posible, se halla expresada en este pensamiento de Hegel: «Toda existencia finita está condenada á destruirse ella misma por sus contradicciones.»

Los que no entienden ó no quieren entender de estas cosas, verán un pesimismo aterrador en la historia de *Ginesillo*, pobre víctima que sucumbe en el combate por la vida. De nuevo tropezamos con los obstáculos creados por el subjetivismo. Desprendámonos de él, y veremos

que las cosas no podían suceder de otro modo: una vez rota la guitarra, arma con que Ginés se defendía, quedaba impotente para seguir luchando; pero quedaba siempre el ideal que uno ú otro había de conseguir, siendo indiferente que aquél ó éste lo alcanzase, y por eso, y

..... á pesar de su guitarra rota,  
No se cuarteó la bóveda del cielo.

Echegaray dice más tarde en el *Conflicto entre dos deberes*:

Ni se ha hundido el firmamento,  
Ni han temblado las esferas;

y Jurado de Parra, discípulo de Campoamor, termina su poema *Diego* exclamando ante un conflicto entre la ley natural y la eclesiástica:

Impasible sus preces sigue el coro,  
Y el órgano sonoro,  
¡Y sin crujir la bóveda del cielo!

¡Cómo ha de crujir, si no hay motivo para que cruja; si hay un fondo de verdad, aunque mal expresado, en aquello de que de los males particulares resulta el bien general!..

El ejemplo de Codro pereciendo por dar el triunfo á su pueblo, por todas partes y constantemente se repite: y en la concepción sintética del universo, el orden y la armonía resultan por cima de las particulares contradicciones. Así la naturaleza se muestra impasible lo mismo ante nuestros placeres que ante nuestros sufrimientos, y sólo á la inocencia de Eloísa puede ocurrírsele preguntar, en el poema de Emilio Ferrari:

Muertos nuestros amores,  
¿será verdad que como siempre bellas,  
seguirá habiendo flores  
por mayo en los alcores  
y brillando en el cielo las estrellas?

La naturaleza no tiene entrañas: ¡medrados andaríamos si las tuviese! En la lucha por la existencia, toda perfección es triunfo, y todo defecto ruina, y ella permanece indiferente al vencedor ó al vencido, pues como dueña de todo, imposibilitada así para el lucro como para la bancarrota, allá se la da del empleo de sus riquezas.

Gracias á la perfección relativa que sobre los animales tenemos, los utilizamos y nos alimentamos de su carne: si sucediera lo contrario, seríamos sus víctimas; cualquiera de ambas cosas es para la naturaleza lo mismo: nada pierde ni gana con ello, como dijo Lavoisier.

Esta es la moral de la dolora *El Viaje redondo*, en que á la ida la tempestad es impotente contra un buque fuerte, y los hombres ven descuidados luchar á las aves, hasta que

Sobre el buque los pájaros cayeron  
Cansados de sufrir;  
Los hombres sin piedad se los comieron;  
Salió el sol, y ¡á vivir!

Y á la vuelta, el barco, ya gastado, se rompe, y

De pedazos del buque haciendo naves,  
Y ansiando otro festín,  
En cómoda actitud vieron las aves  
El naufragio hasta el fin.  
Y haciendo ellas después lo que antes vieron,  
Con un hambre voraz,  
Las aves á los hombres se comieron,  
Y ¡todo quedó en paz!

En la naturaleza nada hay moral ni inmoral, como nada bueno ni malo, sino una sucesión fatal, ó por mejor decir, necesaria, de causas y efectos que obran inconscientemente. Citaré una fábula de Campoamor:

Pasando por un pueblo un maragato,  
Llevaba sobre un mulo atado un gato,  
Al que un chico, mostrando disimulo,  
Le asió la cola por detrás del mulo.  
Herido el gato, al parecer sensible,  
Pególe al macho un arañazo horrible;  
Y herido entonces el sensible macho,  
Pegó una coz y derribó al muchacho.  
Es el mundo, á mi ver, una cadena  
Do rodando la bola,  
El mal que hacemos en cabeza ajena  
Redunda en nuestro mal por carambola.

Ahora pregunto: ¿será un delito jugar con el rabo de un animal? No seguramente; pero es forzoso, dadas estas condiciones, que el muchacho reciba una coz.

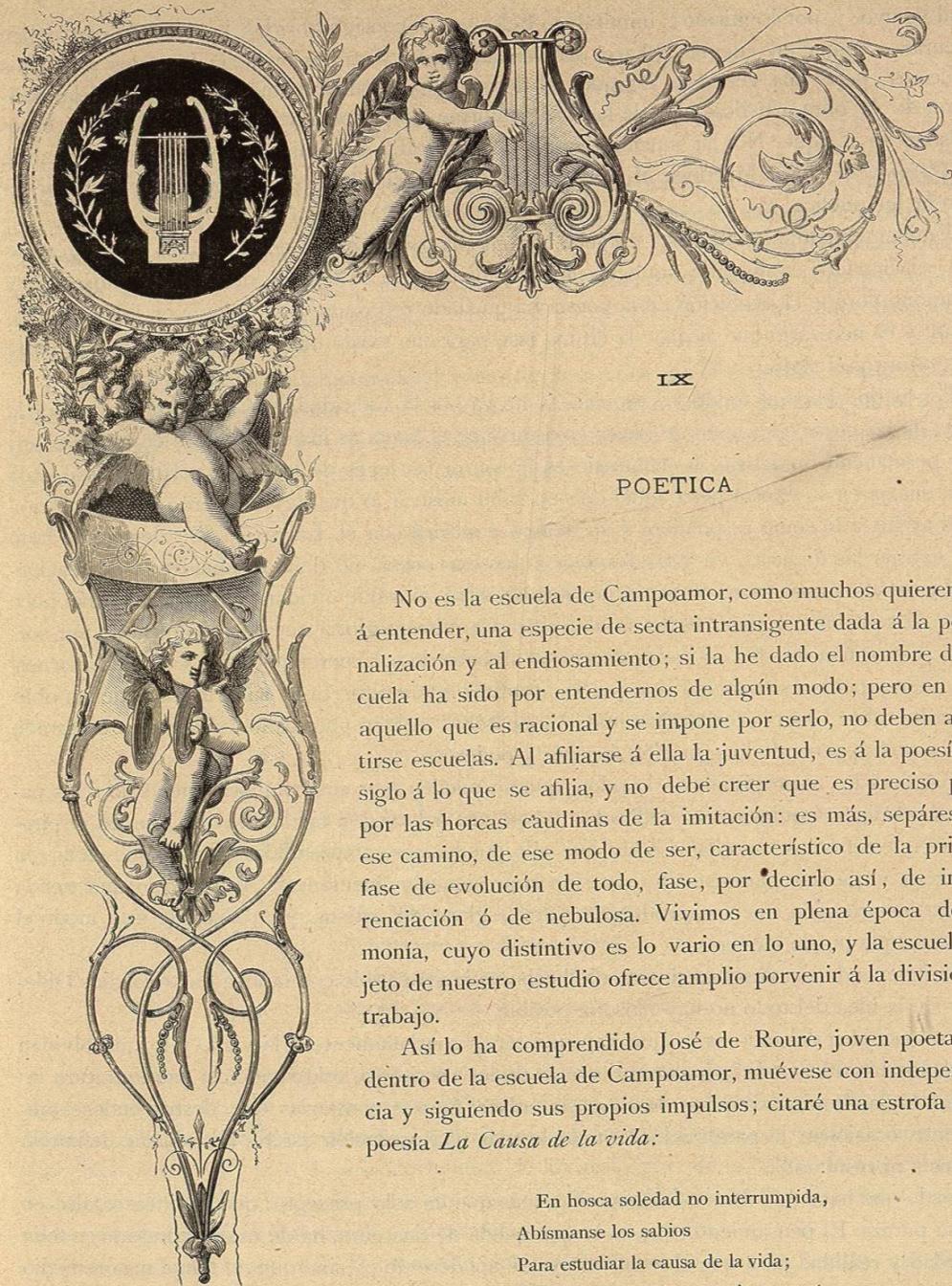
La muerte, que es transformación, no puede ser castigo sino en cuanto privación de goces; encomendar á ella la solución de los problemas, es dejarlos sin solución, y no se desprende moral ninguna de todos los asesinatos de la escuela romántica; mientras que la encierra, y muy grande, cuando es consecuencia de una vida sin objeto, como la de Ginés en *La Lira rota*, y la de Rosa en *Las Tres Rosas*; porque rotos los lazos que los anudaban á la vida, si continuaran viviendo serían un sueño y no una realidad; quedarían flotando sin punto de apoyo, porque no hay fin que los atraiga, y, desligados de todo, son un cuerpo extraño que el organismo social elimina, pudiendo decir de ellos, como Campoamor de Honorio, que

... su triste vida  
No tiene más objeto que la muerte.

Véase cómo la moral fundada en la naturaleza resulta siempre, y nunca la que se apoya en los convencionalismos sociales; así, si no significa nada que un marido tome venganza de lo que él llama su deshonra, encierra una moral grandísima que un libertino se encuentre castigado con la prematura impotencia y aniquilamiento de su organismo, como el protagonista de *Vida alegre y muerte triste*, ó el *Don Juan* de Campoamor: que aquél es, en rigor, este propio tipo, llevado por el señor Echegaray al teatro.

He aquí la única moral. El universo entero, y lo mismo la sociedad, pequeño mundo dentro de aquel otro comprendido, regido por los mismos principios y subordinado á las propias leyes, no es otra cosa que un inmenso matraz donde, sin que nada desaparezca, la acción y la reacción son constantes. Cada uno de los individuos se halla en la situación de esas esferas de marfil del aparato de física que transmiten á la esfera de la derecha la energía que por la izquierda reciben y ora es acometido, ora acometedor, y nada en él termina ni de él procede, porque aquello significaría muerte y esto nacimiento, palabras sin sentido en el orden absoluto de las cosas, en que nada perece ni se crea.

Tal es la única moral: la moral en que todo hecho lleva en sí su sanción, sin que ésta venga de fuera á erigirse en juez arbitrario, ni se apele á los lugares comunes sobrenaturales, cómodo subterfugio para eludir la explicación de un hecho cuya razón se ignora; moral universal y eterna producida por una simple ordenación de causas que pudiéramos llamar de FÍSICA-SOCIOLOGICA, ciencia futura que ha de nacer de la biología y la mecánica.



IX

## POETICA

No es la escuela de Campoamor, como muchos quieren dar á entender, una especie de secta intransigente dada á la personalización y al endiosamiento; si la he dado el nombre de escuela ha sido por entendernos de algún modo; pero en todo aquello que es racional y se impone por serlo, no deben admitirse escuelas. Al afiliarse á ella la juventud, es á la poesía del siglo á lo que se afilia, y no debe creer que es preciso pasar por las horcas caudinas de la imitación: es más, sepárese de ese camino, de ese modo de ser, característico de la primera fase de evolución de todo, fase, por decirlo así, de indiferenciación ó de nebulosa. Vivimos en plena época de armonía, cuyo distintivo es lo vario en lo uno, y la escuela objeto de nuestro estudio ofrece amplio porvenir á la división de trabajo.

Así lo ha comprendido José de Roure, joven poeta que, dentro de la escuela de Campoamor, muévase con independencia y siguiendo sus propios impulsos; citaré una estrofa de su poesía *La Causa de la vida*:

En hosca soledad no interrumpida,  
Abísmanse los sabios  
Para estudiar la causa de la vida;  
La causa de la vida.... ¡pobre gente!  
Al reunir tus labios con mis labios  
La aprendemos los dos frecuentemente.

La crítica severa de que son objeto los que siguen las huellas de Campoamor depende de que han tratado de imitarle en su especial estilo, es decir, en lo que es puramente per-